

Cristianismo y política

El Foro de la Esperanza, organizado por la Pastoral Social de la Arquidiócesis de Córdoba, es un espacio para el debate sobre la realidad social y política, promoviendo el compromiso de los cristianos en su transformación. El Foro se reúne los primeros jueves de cada mes en el Sindicato de Canillitas. El jueves 6 de junio se trató el tema *Cristianismo y Política con la presencia del sacerdote jesuita Gustavo Morello y Luis Baronetto, director del Centro Tiempo Latinoamericano. Gustavo Morello se refirió a distintos lugares y criterios para la participación política de los cristianos. Estas son algunas de sus propuestas.*

El compromiso concreto

En este momento los cristianos estamos en muchos lados, pero no el lo político. En este aspecto parece que siempre estuviéramos empezando, que no podemos avanzar sobre lo ya construido. Si bien el compromiso político es un tema central de la doctrina social, que ha sido trabajado y apoyado desde distintas posturas teológicas, desde Maritain hasta Gustavo Gutiérrez, no está incorporado a la vida cotidiana del laico ni del clérigo. Es más, así como desde posiciones parroquiales y educativas se insiste mucho en el compromiso cristiano confesional y social, no pocas veces se disuade de la vinculación política concreta. Si bien la conciencia social y caritativa de los cristianos es un aporte a la comunidad nacional; ésta requiere también de los cristianos un aporte político, una actuación política; traducir los valores en acción, respetando la autonomía de la ciencia política.(...)

En el funcionamiento cotidiano de la iglesia hay documentos, opiniones, y declaraciones de los obispos, incluido el obispo de Roma, que no son "dogmáticas". Son opiniones. "Autorizadas", sí. Pero opiniones. Creo que está bien que la iglesia se meta y se equivoque.(...) Pero basta de decir "hay que", propongamos "cómo hacer". En esta "proacción", la iglesia debe tener memoria de su Esposo: no olvidarse de las opciones de Jesús, de sus consejos, de los modos evangélicos: el servicio a los hombres y no el poder sobre los hombres.

En este marco, de una opinión no necesariamente compartida, y con el ánimo de aportar propuestas concretas, creo que tenemos que salir del corralito de la coyuntura. Es lo permanente lo que nos sacará de la crisis; por eso tenemos que apuntar al fondo del asunto, sin desentendernos de lo inmediato. Que la iglesia sienta a la dirigencia a dialogar es muy bueno; pero es "asistencialismo" político, el equivalente a dar de comer al hambriento. No es poco, pero es coyuntural. La colaboración fecunda con la democratización efectiva tiene que pasar por una conversión en las propias estructuras eclesiales: es allí en donde se pueden formar ciudadanos. Los modos de participación laical en las estructuras pastorales puede ser un semillero de actitudes democráticas. Mucha gente participa en algún grupo de iglesia, algunos hablan de

un 40% sobre el total de gente que participa, tal vez conformen la primera minoría de militantes de ONG. El problema está en el trato cotidiano que la gente recibe: la arbitrariedad del encargado, el paternalismo sacerdotal, la falta de memoria histórica de los que llegan y la inercia institucional de los que ya están. Nuestro "modo político" de proceder en las parroquias, en las escuelas, en la universidad, suele ser arbitrario, paternalista, no democrático. Si estas estructuras de funcionamiento cotidiano no se modifican, ¿cómo enseñarle a la gente que no vote mesianismos políticos, caudillos demagógicos, paternalismos corruptos? Las instituciones políticas son el fruto de una trama de intereses, son la cristalización de una lucha, del momento histórico de una sociedad. Las instituciones reflejan la vida social. El problema es, entonces, nuestra vida en común. Creo que una profundización en los modos de participación eclesiales contribuiría, indirecta pero sólidamente, a la construcción de la Comunidad Nacional.

Otra propuesta tiene que ver con que los obispos han señalado que el diálogo requiere gestos de grandeza; que la dirigencia tiene una inercia moral que les impide renunciar a nada. Para avanzar en la línea de los "gestos concretos" que los documentos reclaman; sugiero que la homilía del Te Deum del 9 de julio, consensuada entre todos los obispos, sea una declaración, en la que se renuncie al sostenimiento del culto por parte del Estado y se sugiera al gobierno que esa partida presupuestaria se reasigne a los hospitales; y que las ceremonias oficiales sean en las parroquias marginales, para invitar a las autoridades políticas a tomar contacto con la gente.

Y para nosotros, avanzar sobre los espacios posibles que tiene cada uno de participación comunitaria. El fin de toda acción del Pueblo de Dios, de la Iglesia, es llevar el amor de Dios a todos los hombres, entender la situación en la que se encuentran, respetando su historia y sus convicciones. El método es el testimonio: practicando en sus instituciones, sobre todo en cuestiones sociales, políticas y económicas, la doctrina social que predica.

Luis Miguel Baronetto, por su parte, se refirió a la política puesta al servicio del bien común, que, como criterio ético fundamental exige partir de los pobres y su padecimiento de las realidades injustas.

Para los cristianos no es posible involucrarse en la política desde otro lugar. "Esta opción determina las conductas personales y comunitarias y califica como anti ética la búsqueda del posicionamiento personal, la ventaja sectorial o el beneficio corporativo".

El aporte de los cristianos

Mucha gente, y los cristianos también, repetimos con frecuencia que la política es cosa sucia. Y ciertamente que existen comportamientos que justifican esa definición. Pero lamentablemente la usamos para eludir el compromiso político.

co. Y nos quedamos en la tribuna viendo la pelea de los luchadores en el barro. En nuestras comunidades se habla de la realidad y nos resulta más cómodo quedarnos en la crítica sin involucrarnos en los procesos de transformación. Nuestras comunidades son un ámbito más seguro, menos contaminados por el pecado. Allí nos amamos los unos a los otros. Pareciera que ese camino a la santidad es mejor, porque es más puro, más fácil para hacer realidad los preceptos evangélicos, hay menos posibilidades de equivocarse o de ser imprudentes. Y la prudencia, decía Mons. Angelelli, es una virtud, pero también es un miedo que nos hace ser pusilánimes y cobardes. Creo que es la mejor manera de negarse a ser levadura en la masa.

No podemos asumir nuestro compromiso político como cristianos en la realidad actual si no volcamos en él nuestra pasión. Debemos apasionarnos por la solidaridad y la fraternidad. Y con la misma pasión ser intolerantes con la injusticia y la corrupción. Este es el imperativo ético de nuestro compromiso político. Pero también tenemos que ser eficaces. No se trata sólo de mantener los principios en la teoría. Debemos encontrar modos concretos de mejorar la calidad de vida de la gente, que es en definitiva buscar las formas de transformar la sociedad para que sea regida por los principios de la justicia y de la solidaridad. No es fácil a veces discernir el mejor camino. Y menos en la realidad actual. Pero ciertamente que la respuesta no puede ser la de no comprometerse con la excusa de que no se ve con claridad la salida. Hay que seguir caminando, también en las tinieblas porque luces en el camino siempre sabremos encontrar si la marcha se hace como pueblo, en comunidad, bregando por los intereses comunes.

A veces somos egoístas en nuestra conducta política. Y no nos arriesgamos porque tenemos miedo a equivocarnos, a perder o a quedar mal vistos en la sociedad. Creo que hay un criterio fundamental en nuestra opción política que nos haría superar este egoísmo. Es la opción por los pobres. "Tuve hambre y me dieron de comer, estuve desnudo y vistieron, no tenía donde vivir y ustedes me dieron alojamiento..." (Mt.25). Y no se remedia la situación estructural de los hambrientos, desnudos y sin vivienda con el voluntarismo individual. Se trata de un problema político. Es necesaria una respuesta de conjunto, como comunidad, en forma organizada, con eficacia política. Desde los estamentos propios de la gestión para el bien común.

Aquí se plantea otro problema del que los cristianos con fre-



"Hay que seguir caminando, también en las tinieblas porque luces en el camino siempre sabremos encontrar si la marcha se hace como pueblo, en comunidad, bregando por los intereses comunes".

cuencia huimos. Es la cuestión del poder. Un concepto y una realidad también hoy muy devaluada por su mal uso. Porque se ejerce para dominar o para usufructuarlo en beneficio propio, y no como servicio. Sin embargo es posible transformar la política en un servicio. Esa es nuestra tarea como cristianos. No podemos escudarnos en una falsa humildad para eludir la disputa por el poder político, refugiándonos en nuestras loables tareas de solidaridad para apaciguar las necesidades de los más excluidos, mientras los dueños del dinero generan desde el poder político cada vez más pobres a los que debemos atender luego en nuestros comedores. Alguna vez tendremos que hacer valer ese enorme poder que se acumula en nuestras organizaciones pa-

rroquiales o barriales para arrebatar el manejo de la cosa pública y decidir, en democracia y con participación, lo que más conviene a las mayorías que siempre son las más necesitadas.

Cada día mueren 65 chicos menores de cinco años a causa de la mala distribución de la riqueza. Es el principal problema político de los argentinos. En relación a esto decía el Cura Brochero que "a los departamentos serranos les pasa lo mismo que a los perros en la carneada. Todos se reparten las piezas mejores y a los perros les tiran las tripas con todo lo que llevan adentro". Y nosotros seguimos tranquilos en el refugio de nuestras comunidades para no contagiarnos de la suciedad de la política, dejando que los pobres sigan comiendo las tripas con todo lo que llevan adentro.

Deberíamos ser capaces de impulsar y organizar el gran movimiento de los creyentes para articular con los distintos movimientos de la sociedad las formas concretas de acceder a los niveles de decisión para gestionar el bien común.

Nos quejamos de los políticos actuales, hay un reclamo de que se vayan todos los que no le sirven al pueblo. Pero no hacemos una fuerte apuesta para generar nuevas formas con nueva gente en la política. Ese es el desafío del Espíritu de Pentecostés, con los fuertes vientos que desestabilizan nuestros temores y nuestra comodidad, abriendo las puertas de nuestras casas, de nuestras comunidades para empujarnos a las calles, a las plazas, a las rutas que son los escenarios donde la sociedad marginada, los desocupados, los excluidos, los hambrientos se expresan construyendo la otra historia, que no es la que se muestra en los grandes medios de comunicación, ni la que se teje en los palacios, en las catedrales o en los centros del poder financiero.-